



Barcelona 5

Febrero 1860.

## SEMANARIO ENCICLOPEDICO ILUSTRADO.

SUMARIO.—Texto: Una noche en las márgenes del Rhin, por D. José María Cuena. —El mendigo, por D.<sup>a</sup> Pilar Pascual de San Juan. —Marruecos, por D. N. M. F.—Fragilidad, por D. Eduardo Pujol. —Una noche en las máscaras, por Juan Lanas. —Las primeras impresiones, por D. J. A. Ferrer. —Micelánea. —ILUSTRACION —Reproducción de un dibujo de Gavarni, por la Sta.D.<sup>a</sup> Y M.

### UNA NOCHE EN LAS MARGENES

#### DEL RHIN,

##### I.

Mi silla de posta se rompió al llegar á Koenigsberg. Allí debía permanecer hasta que la compusieran, y quise visitar los alrededores de la pintoresca patria de Hoffmann.

Eran los últimos días de setiembre; la tarde tocaba á su fin.

El cielo comenzaba á tornarse pálido y descolorido hacía el horizonte, y la noche empezaba su reinado con una tranquilidad magestuosa.

Una brisa suave y perfumada que parecía murmurar á mi oído palabras misteriosas, mecia dulcemente las ramas de los árboles y dejaba caer al suelo las primeras hojas secas produciendo un ruido extraño.

Insensiblemente llegué delante de la escalinata de un castillo arruinado que había á bastante distancia de la ciudad; allí me senté y poco á poco se fué apo-

derando de todo mi ser la melancolía que se respiraba por todas partes.

Esos mil rumores que se oyen durante el día en las ciudades, apenas llegaban á mi oído: todo parecía dormir á mi alrededor, pueblo y naturaleza.

Solo se escuchaba de tiempo en tiempo el monótono ruido que hacían al caer al suelo las hojas que la brisa arrancaba.

—¡Cuan feliz sería si pudiera pasar aquí mi vida! pensaba;.... ¡aquí, bajo este hermoso y tranquilo cielo, en medio de este apacible valle!..... Oh!..... ¡cuan insensato he sido en buscar la felicidad en la fama, en la fortuna, en el amor, felicidad que nunca he encontrado, y que aquí se respira por todas partes!.....

Apenas mi imaginación acababa de formular este pensamiento cuando oí una carcajada sardónica, ronca, estridente, que me heló de espanto.

Me levanté sobrecogido de terror y miré por todas partes: á la pálida claridad que despedían las estrellas ví un bulto blanco que había de pie en la última grada de la escalinata.



El bulto seguía riendo siempre, y empezó á bajar la grada para dirigirse hácia donde yo estaba.

Cuando estuvo á mi lado ví que era una muger jóven y bella, vestida con un largo ropón blanco, pero á pesar de su juventud y belleza habia en toda su persona alguna cosa que aterraba y causaba susto.

Yo no sabia si soñaba ó si estaba despierto.

La jóven se paró delante de mí y apoyando una mano sobre mi hombro exclamó con tono burlón:

—¿Crees que por que este país es delicioso, sus habitantes han de ser felices? ¿Crees que la felicidad se puede encontrar en este mundo donde yo reino como una soberana absoluta?..... No, añadió después de algunos instantes de silencio; no busques la felicidad por que no la encontrarás en ninguna parte. Lo mismo en el suntuoso palacio que en la humilde cabaña; lo mismo en la ciudad que en la aldea, en el monte que en la llanura, en el bosque que en el valle, todos sufren y padecen, solo varían en la máscara con que cubren sus rostros. Pero aparta esa máscara, sondea su corazón y su pensamiento y verás esa felicidad que parece disfrutan, verás lo que es; amargura y dolor, sufrimiento y desesperación.

Sondea mas á dentro, busca la causa de esa amargura, de ese dolor, de ese sufrimiento, de esa desesperación, y verás como todos sufren por la misma causa, como todos padecen la misma enfermedad; enfermedad endémica, incurable, porque nació con el primer hombre y se extinguirá con el último y que yo distribuyo á mi antojo..... ¿Crees que los habitantes de este castillo tan encantadoramente situado habian de ser felices! ¿crees que su vida habia de ser mas tranquila y apacible que la de los demás mortales! ¿Pues ven, mira! añadió cogiéndome por una mano; ven y separa esa yerba que crece tan lozana,.... ¡hay dos tumbas!.... mira através de las aguas de ese lago que corren tan tranquilas,.... ¡hay sangre!... pregunta á las ruinas de este castillo cuyos habitantes te parece que habian de ser tan dichosos, y te contarán escenas dolorosas y sangrientas.....

—Pero ¿quien eres? exclamé horrorizado, ¿quien eres?....

—¿Quien soy?..... soy la soberana del mundo; soy la que preside las acciones de la mayor parte de los mortales;.... soy la *Envidia*.... Donde quiera que yo pongo el pie brota la calumnia y los celos y muchas veces tambien la muerte.

Yo retrocedí algunos pasos horrorizado, porque al pronunciar estas palabras aquella muger tenia en su rostro alguna cosa de terrible é infernal.

Pero ella me siguió, y volviéndome á coger por la mano me dijo:

—No te vayas, no;.... la noche está apacible y

serena, el cielo puro y estrellado, el ambiente tibio y perfumado todo convida á hablar..... Ven, puesto que no tenemos otra cosa mejor que hacer, sentémonos en estas gradas, y te contaré la historia de los habitantes de este castillo, historia sangrienta, cuyo origen es el mismo que el de todas.....

Yo me dejé arrastrar á mi pesar, y los dos nos sentamos en las gradas del castillo.

La Envidia empezó á contar de esta manera.

(Se continuará)

JOSÉ MARIA CUENCA DE LUCHERINI.

## EL MENDIGO.

Silvaba el viento remedando á veces

El humano gemido de dolor,

Las ramas de los árboles crujían

Y alzaba el mar su atonadora voz,

En gruesas gotas de abundante lluvia

Se desgajaba negro nubarrón.....

Era una tarde del invierno triste,

Tarde fatal de lúgubre terror:

Entonces un decrepito mendigo

Suplicante á mi puerta se llegó,

Que aterido y temblando se apoyaba

En su nudoso y rústico bastón.

Sus ropas harapientas no conservan

De sus débiles miembros el calor,

Ni su viejo sombrero de la lluvia

La nivea cabellera resguardó.

Pero en su calva y espaciosa frente

No advertí los indicios del dolor,

Ni su mirada dulce y sosegada

La mas leve inquietud me reveló.

Observé su tranquilo continente,

Envidié su estoicismo ó su valor,

Y al entregarle módica limosna,

« Rogad por mí » le dije en mi aflicción.

Y añadir pudiera entonces:

Vos, que en medio de tal pena

Teneis la frente serena

Y tranquilo el corazón,

No olvideis á quien sufriendo

Menos miserable suerte,

Lleva en el alma la muerte

Y en el pecho la aflicción.

Vos, cuya tierna plegaria,

Que tendrá valor inmenso,

Subirá como el incienso

Hasta el trono del Señor;

Rogad por mí, buen anciano,

Dios oiga el ruego del justo,

Ya que mi destino adusto

Ha entibiado mi fervor.



¿Que le importan las misérrimas  
Al alma elevada y noble?  
Importante lo que al roble  
El furor del huracán.  
Mas yo soy la endeble caña  
Que agitan contrarios vientos,  
Y sus embates violentos  
Mañana la troncharán.

¿Qué le importan de la vida  
Los disgustos pasajeros,  
A quien cruza sus senderos  
Con la fé en el corazón:  
Si de tanta fortaleza  
El Señor dotarle quiso,  
Que tiene en el paraíso  
Su esperanza y su ilusión?

Vos, que vivís resignado,  
Teneis un sitio en el cielo;  
Rogad, pues, porque el consuelo  
Descienda á mi corazón.  
Si no brilla en mi horizonte  
El iris de la bonanza,  
Si Dios no me dá esperanza,  
Que me dé resignación.....

Azotaba la lluvia los cristales  
Y el silvido del viento daba horror,  
Y al paso que la noche adelantaba  
Aumentaba lo recio del turbión.  
¿En donde te hallarás, triste mendigo,  
Que no te alcance el temporal atroz?  
Yo te cediera mi mullido lecho  
Por tu santa y feliz resignación.  
Tú no tendrás dó reclinar acaso  
Tus miembros fatigados ¡qué dolor!  
Yo tengo cama, y hace muchas noches  
Que el sueño de mis párpados huyó.  
Reza, reza, mendigo, que tu ruego  
Halle gracia tal vez ante el Señor;  
— ¡El te conceda un lecho en que descanses  
Y á mí me dé la paz del corazón!

PILAR PASCUAL DE SANJUAN.

## MARRUECOS.

En otra ocasion hicimos la reseña general de este imperio, ocupándonos despues de las posesiones que España tiene en su litoral. Hoy empezaremos la descripción de sus principales ciudades, convencidos de que nuestros lectores aceptarán gustosos nuestro trabajo, oportuno por cierto, ahora que nuestros soldados sostienen tan gloriosa lucha allá en los campos africanos.

**MEQUINEZ.**—Aunque la capital de Marruecos es la ciudad del mismo nombre, empezamos con esta por ser la preferida del emperador y por tener su corte fijada casi siempre en ella. Su situación es en medio de un valle que termina en una de las cordilleras del famoso Atlas, distando 60 kilómetros de Fez,

300 de Marruecos y 65 del Atlántico. El edificio que mas descuella en la ciudad es el palacio del emperador, de colosales dimensiones, cercado de jardines, entre los cuales se levanta una formidable fortaleza que tiene tres murallas. Allí está el tesoro, allí hay inmensas riquezas acumuladas por el despotismo de los soberanos con crecidos impuestos. Trescientos negros forman la guardia de este tesoro y los que lo cuidan permanecen encerrados dentro de la fortaleza hasta su muerte, á fin de que no puedan robar, pues de nada les serviría, atendida la imposibilidad de hacer uso de él. Mequinez es una de las ciudades mas hermosas del imperio pudiéndose calcular en 60 mil el número de sus habitantes.

**MARRUECOS.**—Está situada en una llanura feraz y bien regada á 28 leguas del Atlántico y 69 de Fez. Sus muros que tienen una legua de circunferencia se encuentran aun en bastante buen estado. Los edificios notables son el palacio imperial y algunas mezquitas. La mayor parte de las calles son angostas y sucias, lo que hace que la población se presente desagradable á la vista. Tiene alguna industria aunque bastante atrasada, como por ejemplo, de tejidos, de seda y de taflete. Se calcula en 30 mil el número de sus habitantes entre los cuales se cuentan unos 2000 judíos, los que están en su barrio particular.

Esta población fué fundada en 1052 por Abu-al-Fin primer rey de los Almoravides. Dicen varios historiadores, que en tiempo del hijo de este habia mas de 800 mil habitantes. Atribúyese tan enorme descenso á la guerra, la crueldad de varios emperadores y á la peste que tantos estragos á causado allí en los muchos años que han transcurrido.

**FEZ.**—Esta ciudad dista unas 40 leguas á lo mas de Ceuta. Su posición es en el interior de un magnífico valle rodeado de colinas, estendiéndose en todas direcciones una infinidad de naranjos y limoneros lo que dá un aspecto sorprendente y pintoresco á la población. El *Sebu* dividiéndose en dos brazos le atraviesa surtiéndola de agua y proporcionando el riego á su hermosa campiña. Cínela un muro flanqueado de torres; componiéndose la ciudad de la parte antigua y la nueva, siendo esta última mejor construida y mas bella por los muchos jardines que contiene. Mr. Jackson, cónsul inglés que fué de Mogador dice que Fez tiene 580 mil habitantes, Aly-bey 400 mil y en fin hay otros que bajan estas cifras hasta 70 mil. Los judíos serán como unos 2 mil, habitando en una parte de la ciudad destinada esclusivamente para ellos, en la cual quedan encerrados durante la noche.—N. M. F.

(Se continuará).

## FRAGILIDAD.

DOLORA.

— ¿Porqué suspiras, Leonor?  
— Porqué se empañan tus ojos?  
— Me dices que es el amor!  
— Me engañas: eso es dolor; ¡qué dolor!  
— Si.... dolor, celos y enojos.  
— Te acuerdas, di, de aquel día  
— Que yo de amor extasiado,  
— Oye, Leonor, te decia,  
— Ten piedad, si, vida mia,  
— De este pobre enamorado.



« Amame y feliz serás:  
Que correspondas es justo  
A mi pasión. Reinarás  
En mi pecho, y no tendrás  
Ni una pena, ni un disgusto »  
« Con las mas preciosas flores  
Yo sembraré tu camino,  
Y al respirar sus olores  
Pensarás en mis amores  
Aunque pese á mi destino. »  
Entonces tú respondiste:  
« No es libre mi corazón;  
En él otro amor existe. »  
Y cuando esto dijiste  
Mataste; ay! mi ilusión.  
Y tú embriagada, al instante,  
Menospreciando mi ruego,  
Te arrojaste delirante  
En los brazos de un amante  
Que te abrasó con su fuego.  
Qual leve mariposa,  
Vagando de rosa en rosa  
Pasasteis horas divinas;  
Pero la flor mas hermosa  
Está ceñida de espinas.  
Espinass que se clavaron  
En tu pecho, Leonor,  
Espinass cuyo dolor  
En un momento acabaron  
Tus bellos sueños de amor.  
Y es que, infame, te mentía  
Un inmenso amor, y ay triste!  
Te abandonó el mismo día  
En que á su pasión impia  
Culpable correspondiste.  
Por eso sufres, Leonor,  
Por eso lloran tus ojos  
Desengaños de un amor  
Que te deja por despojos  
Una vida de dolor.

EDUARDO PUJOL.

## CRÓNICA CARNAVALESCA.

## UNA NOCHE EN LAS MÁSCARAS.

—¿Vas al baile, Juan?—¿Te veremos hoy en las máscaras, Juan?—Cautivarás alguna *Turca*, Juan?—Enamorarás á alguna *Esclava*, Juan? ¿Te divertirás mucho en el baile, Juan?—Estas y otras mil preguntas por el estilo fueronme dirigidas por mis amigos la víspera de uno de esos bailes en que todo es movimiento, algazara, bullicio y jaleo.

Yo, que jamás había concurrido á diversion de esta clase, determiné aquella noche desertar de mi cuartel de invierno, vulgo cama, y aventurarme en aquel tan celebrado laberinto.

Comuniqué mi pensamiento á Luis, mi íntimo y antiguo amigo, favorecedor impertérrito de estas diversiones, quedando en que iríamos al baile juntos.

Dan las diez en el reloj de la Catedral, y á la última campanada, oigo dar cinco aldabazos en la puerta de la calle de mi casa: al oír aquel esperado ruido salí de la especie de anodamiento soñoliento en que estaba sumido y calándome el sombrero hasta las orejas, tomo la llave de la puerta de la

calle, empuñando con la diestra el candil que alumbra ordinariamente mi reducido cuarto. Bajo, abro, y en el dintel de la puerta veo á Luis. Al reparar este mi algo extraño *toilette*, pues consistía en pantalon gris, chaleco de seda negro, de antigüedad respetable, y chaqueton de invierno, exclamó: —¿Que trage es ese?... ¡Hombre!... espero las doce para principiar á pulirme afin de concurrir al sarao.—¿Chico, te estas burlando?... dijo con voz estentórea, que aun hacia parecer mas fuerte el silencio de la noche. Le miré sorprendido de tan estraña interpelacion; pero Luis, sin detenerse mas, cogióme por la cintura con ambas manos, hizome dar media vuelta y empujóme hácia arriba.

Despues de trepar por los ciento y treinta y ocho escalones de que consta la escalera que conduce á mi aposento, empecé el trueque de aquel trage *deshabillé*, por el que corresponde llevar en una *soirée*. Consistía este en pantalon negro, botas de cuero, cuidadosamente charoladas, chaleco de piqué blanco, corbata negra y frac azul. Concluí y hasta entonces no reparé en que no me habia rapado la barba... ¡Oh barbicidio!... Reprendió mi descuido el amigo, y sin mas ni mas que ponerme encima de las espaldas mi enorme capa, legado á mi padre por su abuelo, (respetemos tan sublime y enorme antigüedad) nos encaminamos al sitio de la fiesta.

Al penetrar en aquel suntuoso recinto, no supe lo que me pasaba: tanta luz, tanta flor, tanto chillido, tantos rostros verdes, negros y encarnados; tantas viejas-jóvenes, y tantas jóvenes-viejas, me pusieron fuera de quicio.

A poco rato una de esas niñas que con su flecible talle, diminuto pié y bien contorneado brazo, hacen palpar con fuerza un corazón inesperto, tomome de la mano, y con voz chillona, nada agradable por cierto á mis oídos, me dijo:—Juanito, tú aquí; como es eso?—Calle! pensé yo, ¿una conocida?... bravo!—No habia tenido tiempo de contestarla cuando una *rusa* me cojió por la otra mano y me hizo idéntica pregunta. A poco rato, hasta seis se reunieron á mi alrededor. —Allí fué troya: la una contando mis amores con Quiteria; la otra haciéndome cargos por haber abandonado á Sinforosa; la de mas allá narrándome las penas de Gregoria, que, segun ella, habia creído en mis promesas amorosas; y lo mas gracioso era que yo no podia contestar, pues me atorullaban con sus embustes y me ensordeaban con sus chillidos. —¡Calumniadoras!... Acusarme á mi de amar, cuando ni tiempo he tenido siquiera para pensar en ello. —Temia que me zurrasen. —No pudiendo resistir por mas tiempo aquel tormento, y viendo que estaban dispuestas á descuartizarme, segun se desprendia de los tirones que de diestra y siniestra me suministraban, procuré romper aquel funesto círculo, y lo logré. Ya era hora.

Regocijado á causa de la libertad que me era permitido disfrutar, miraba estasiado las colgaduras y diversos grupos de luces, cuando sin encomendarse á Dios ni al diablo, se cuelga una *mora* de mi brazo, exclamando: —Gracias al cielo, D. Juan, que lo encuentro á V.—A mí, señora?... —Sí; á V. que va á vengarme de... —¿De qué?... Yo soy un hombre pacífico, y... —Mas ella, sin escuchar mis palabras, me arrastraba con fuerza hácia la derecha, y me plantó frente á un caballero, que con los brazos cruzados, me miraba en ademán hostil.

—Aquí está, exclamó ella; aquí está el que me vengará, y arrancará á V. esa lengua viperina, y dándome un empuellon me echó encima de él.

—Con que, eres tú?... dijo el caballero, cogiéndome por una de las solapas de mi frac. Al mismo tiempo, y como por encanto, desapareció ella.



Reproduccion de un dibujo de Gavarni por la S<sup>ta</sup> Y.M.



Acreditado en el Domino.



—Con qué, tú eres?... volvió á repetir, crispando violentamente la mano con que había cogido la parte alicóta de mi frac.

—Si señor, yo soy la víctima, repliqué.

—¿Armas!... exclamó él, dejándome libre y fuera de temor por lo que tocaba á mi frac; pero no con respecto á mi persona.

—¿Armas!... volvió á repetir.

—Qué?...

—Sitio y hora.

—Pero, hombre!... ¿está V. en su cabal juicio? ¿Crée V. que yo he venido aquí para echarla de maton?... Quede V. con Dios, amigo, y al decir esto, procuré escabullirme entre el gentío. Apenas dados tres pasos, siento una robusta mano que me ceje por un faldon del consabido frac. Con la priesa que llevaba, no pude detenerme y... *raaaac!* Adios mi dinero... faldon al diablo.—No se asustó por esta avería mi antagonista, y abalanzándose sobre mí, cojióme fuertemente del brazo y exclamó:—No se marchará V sin darme una satisfacción.

—¿Pero de qué, hombre, de qué?

—¿Cómo de qué?... Yo amo á esta señorita.

—Lo celebro, es V. muy dueño.

—V. es mi rival.

—Yo! que he de ser?...

—Miente V!

—Hombre!... Le puedo jurar á V. por los puntos descosidos del faldon de mi casaca, que no puedo ser rival de V., por la sencilla razon de que no tengo querida alguna.

—Con que V. no conoce á Elena?

—Ah! sí. Ya!... y V. será D. Leandro?... ah! ya caigo! ah! ah!

—Comprende V.?

—Toma, yo lo creo! Ha habido lo de un poco de celos.. eh?

—Y me ha dicho que iba á buscar al hombre á quien amaba, y que sabría arrancarme una vida que tantas pesadumbres le ha causado.

—Magnífico!... y justamente he sido yo el escogido para... gracias, amiga mia, gracias.

Pude por último, despues de varias protestas y con mil y una raznes de á *quintal*, convencer á aquel amante celoso, y nos despedimos lo mas amigos del universo. A pesar de todo maldije siempre, para mi capote, á la niña, al amante, á los celos, y sobre todo, á Cupido.

Prodigaba mil loas á la *libre circulacion* en que me había dejado mi antagonista, si bien sentía la *eliminacion* experimentada en mi diplomático vestido. Reflexionaba sobre los nada halagüenos percances que me habían acaecido, cuando de repente me veo rodeado de un grupo compuesto de diez ó doce máscaras del sceso feo que empezaron á bailar, y á jugar conmigo á la pelota. Yo bregaba para deshacerme de aquellos *génios del mal*; iba á conseguirlo, cuando uno de ellos me agarró por el único faldon de mi casaca, y otra segunda edicion, se quedó con el pendon en la mano.—¡Oh desgracia sobre todas las desgracias!... Me veía espuesto en aquel entonces á las sardónicas risas de los unos, á las pullas de los otros y á los epigramas de los demás.—En esta ocasion fué cuando llovieron como por encanto las burlonas preguntas de:—Juan, ¿que es eso?—Juan, ¿cose tu sastre con manteca?—Juan, ¿qué te pasa?—Juan, ¿qué te sucede? Y otras mil por el estilo. Yo no sabía si estaba despierto ó si era preso de una terrible pesadilla.

Compadecióse de mí, uno de los que componian el número de los *asaltadores*; cogióme del brazo y me sacó de aquel he-

rengenal. Era Luis que me prestó su disfraz para de esta suerte poder presentarme en público sin promover la hilaridad.

Al reaparecer de nuevo, principió uno de voz gruesa y torva mirada:—Este es un granuja disfrazado.—Otro de voz chillona y ojos azules:—Parece un alma en pena.—Y así otros piropos de igual clase y medida. A esto arremolinóse la gente y un *hombre-barril* tuvo á bien colocar su pié derecho sobre mi izquierdo, con lo cual se operó un eclipse total á mi vista. Lancé un ay! capaz de ablandar al mismo diamante; pero solo sirvió para que se sucediesen velozmente los empujones.

Aburrido de lo que encanta á los demás, y temiendo por otra parte, la avería gruesa que amenazaba al casco de mi juicio, determiné marcharme, maldiciendo el instante en que me decidí á presenciar aquella diversion.

En resumen saqué de mi primera visita á un baile de máscaras: aburrirme, incomodarme, indescriptible malestar por los tirones, pisadas y empujones; una pérdida irreparable, como lo es de mi capa antigualla, que me olvidé retirar al escaparme de aquella casa de Orates, los rasgones del frac y un catarro que aun me dura.

Con qué en lo sucesivo en vez de perder la calma en aquella torre de Babel, me dirigiré sosegadamente á tomar la horizontal en mi *cueva encantada*, y como ahora es de noche y tengo sueño, buenas noches!

JUAN LANAS.

## LAS PRIMERAS IMPRESIONES.

### I.

Juan Lechuga se fué al baile.

¿No sabeis quien es Lechuga?

¿No sabeis quien es Juanito?

¡Que ignorancia tan absurda!

Pues Juanito es un muchacho

Que se llama Juan Lechuga.

¡Pobrecito, que aun no había

Ido á las máscaras nunca!

Sus botinas de charol,

Sus guantes color de enjundia,

Su corbata, su alfiler

De racimito de uvas,

Todo, todo lo enseñaba

Con satisfaccion profunda.

El pisar la blanda alfombra,

El oír la acorde música,

Ver las máscaras, las luces,

Todo, tambien le deslumbra.

Va riendo porque rien,

Va empujando porque empujan,

Y sin que nadie lo embrome

Va diciendo que lo abruma.

De vez en cuando decia:

—A Dios máscara!—y ninguna

Se dignó tan solamente

Decirle esta boca es tuya.



Y ya habían dado las doce.  
Y ya había dado la una.  
Y del salón al pasillo.  
Y del pasillo á la música,  
Lo mismo que una zaranda.  
Iba el pobre Juan Lechuga.  
Nadie le dijo—¿Te aburres?  
Nadie le dijo—¿No aburras!  
Ya cansado y fastidiado  
En una silla se tumba,  
Dispuesto á pasar la noche  
Durmiendo al son de la música,  
Cuando á su lado se sienta  
Con un aire de andaluza,  
Con traje de raso rosa,  
Una, vestida de Rusa.  
—¡A Dios, máscara!—repite  
Como siempre Juan Lechuga.  
—¡A Dios mocito,—Contesta  
La máscara á su pregunta.  
—¿Que elegante vas!—Me alegro.  
—¿Tienes calor?—Tengo angustia.  
—¿Te diviertes?—Me divierto.  
—Yo también.—Pues, continua.  
Y la máscara se calla,  
Y no chista mas Lechuga.  
—Por vida de los diablos!  
Nuestro Juanito murmura:  
Es mucha fatalidad  
Que entre tanta baraunda.  
Ni una máscara me pilla,  
Ni me sueltan una pulla,  
Ni me dicen—Que eres malo!.,  
Ni me dicen—Que eres mula!...  
Ni una fea, ni una bella  
Se me acerca á mi con bulla,  
Y hasta una mala sonrisa  
Me niega esa indina Rusa.  
Pues señor, esto no es modo  
De estar la gente tan muda.  
No vuelvo mas, Lechuguita  
Bostezando continúa.  
Una máscara se acerca  
Y dice á la Rusa—Escucha;  
Me ha dicho que no lo esperes,  
Que te puedes ir si gustas.  
Y sin esperar respuesta  
La máscara volvió grupas.  
—Maldito sea! exclamó  
La vecina de Lechuga,  
—¿Qué tienes?—este le dice  
Probando otra vez fortuna.  
Quieres venir al café  
Por si te pasa la angustia?  
—No, gracias...—Sin cumplimientos.  
—No quiero abusar...—No abusas.  
—Si no tengo sed.—Sí, tienes.  
—Pues te lo admito.—¡Aleluya!  
Dice radiante de gozo  
Juanito al ver su fortuna.  
La satisfacción inmensa,

La preponderancia suma,  
Con que cruzaba por todo.  
El héroe de esta aventura,  
A describirla se niega,  
Lectores, mi tosca pluma.  
Llegaron pronto al café  
Y ¡idío orchata de chufas,  
Pan con manteca, merengues,  
Licores, leche, aceitunas...  
Que se yo lo que él pidió  
Y lo que engulló la Rusa.  
Fueron luego al restaurant,  
Y el jamon y la merluza,  
Los calamares, las ostras,  
Encontraban pronta tumba  
En aquellos dos abdómenes  
Como en dos simas profundas.  
Presenta el mozo la cuenta  
Y palidece Lechuga,  
¡Le faltan treinta reales  
Para completar la suma!...  
Se acuerda de su alfiler  
De racimito de avas,  
Y como es de oro, el mozo  
En admitirlo no duda.

(Se continuará)

J. A. FERRER F.

## TEATROS.

Hace ya algunos dias que no nos hemos ocupado del movimiento de nuestros coliseos que dista mucho de ser continuo.

En el *Principal* no ha habido nada de particular si se exceptua el *debutto* de la señora Palmieri, que posee una preciosísima voz, y si tuviese la paciencia de estudiar una pequeña temporada con un buen maestro, de seguro llegaría al pináculo de la gloria.

Se ha repetido *Il nuovo Mosé*, *La Luccia*, en cuya representación sucedieron algunos desagradables percances. Si bien culpamos á una parte del público por las ruidosas demostraciones contra la señora Kenneth, esta á su vez lo fué por la frialdad con que acogió los aplausos de los que sentían vivamente el disgusto natural que debía sufrir dicha señora.

Nosotros reprobaremos siempre estas públicas manifestaciones en contra de actor ó artista cualquiera. Las Empresas pueden acudir á quien corresponda cuando tenga algun motivo de queja contra de él.

*La Favorita* ha vuelto ha cantarse de nuevo y nos ratificamos en nuestro juicio.

En el *Liceo* sigue proporcionando entradas la ópera *Saffo*, cuya ejecución es inmejorable por parte de todos. El señor Palmieri ha mejorado muy mucho en su papel de *Faor*.

Estrenóse la ópera de Donizetti, *Roberto Devereux*, cuya música es bella, pero sus melodías distan de valer tanto como las de otras composiciones de dicho maestro. La ópera no satisfizo los deseos del público y esto se debe principalmente á que el desempeño, por parte de algunos artistas, dejó mucho que desear. La señora *Chiaramonte* cantó bien, pero para el conjunto se le hecha de menos mayor volumen de voz. La Empresa no ha estado acertada en la elección de esta ópera, y mucho menos al confiar á la señora *Porcell* el interesante



papel que está á su cargo: Debemos ser justos y encomiar el celo de esta señora, pero el timbre de su voz no es ya á propósito para lo que estaba á su cargo.

Púsose en escena para despedida de los bravos voluntarios; la segunda parte de *¡Al Africa Minyons!* titulada, *Ja hivan al Africa*, original de nuestro apreciable director D. J. A. Ferrer Fernandez, escrita en robustos versos catalanes llenos de amor pátrio. Como nos podrian tachar de parciales si nos detuviésemos en las bellezas de esta composicion, otro dia daremos en la seccion literaria un fragmento de ella.

Estrenóse tambien el magnifico baile del señor Moragas *El carnaval de Venecia*, y á la verdad no somos bastante competentes para describir las bellezas de su composicion. El señor Moragas se ha puesto á una altura de la que á duras penas podrá alguno destronar.

La compañía dramática ha ofrecido por fin alguna novedad á sus favorecedores, y en la noche del martes puso en escena el bellissimo drama de D. J. Palou, *La Campana de la Almudaina*. En su desempeño se distinguieron notablemente la Sra. Yañez y el señor Mallí, quienes fueron colmados de aplausos y llamados á la escena al final de cada acto. Ambos estuvieron sublimes, y mucho sentimos la indisposicion de esta apreciable actriz, pues nos hacia padecer doblemente.

Las señoras Llorens y Lopez y los señores Pardiñas, Dalmau y Palau secundaron perfectamente á los protagonistas, y aconsejamos á este último que no se precipite con las diferentes transacciones, pues no produce todo el efecto que se requiere.

En lo demás bien, y damos nuestro beneplácito por la acertada direccion á quien corresponde.

En el *Circo*, YA PARECIÓ AQUELLO! Por fin la Empresa ha tenido la bondad de ajustar una primera actriz y la eleccion ha recaido en la laboriosa y apreciable señora Gimenez. Ha sido aplaudida en *Flor de un dia*, *Isabel la Católica* y en *La locura de amor*. Damos mil parabienes á la Empresa que por último ha cumplido su promesa.

En el drama *La Redencion*, vimos con sorpresa que la señora Dardalla, se habia encargado de la parte de protagonista y lo sentimos. Aconsejamos á esta simpática actriz que no se separe de los papeles que con tal acierto interpreta. La reconocemos sobrado talento; pero todo tiene sus limites. Ahora que la compañía es completa, todos deben esforzarse para que el público quede satisfecho.

Advertiremos de paso que el teatro es la escuela de las buenas costumbres, y que por lo tanto los actores deben prescindir de sus resentimientos en escena, y no debe enterarse el público de ningun modo de sus discordias. Entiéndanos quien deba y corrija.

## MISCELANEA.

**Balles de máscara.**— Aunque no muy animado, brillante fué el primero que tuvo lugar en el decano de nuestros teatros. En el vestibulo y la platea se dejaba ver que una mano esperta habia mediado en la distribucion de los adornos, ostentándose en ella cierta elegante sencillez que producía el mejor efecto. Las luces sobre todo estaban bien distribuidas y los tres quinqués con mecheros de gas son hermosísimos.

Debajo el antifaz ocultábanse los bellos rostros de muchísimas jóvenes ventajosamente conocidas en nuestros salones.

La orquesta tocó piezas de mérito, bajo la entendida direccion del señor Navarro.

Digna de elogio es la comision, y auguramos á estas diversiones la mayor brillantez.

Magnifico era el golpe de vista que presentaba el gran teatro del Liceo en la noche del 1.º al 2.º corriente. Dudamos que en ninguna capital del extranjero se haya visto cosa mejor distribuida y adecuada al objeto á que se dedicaba. La fachada de este coliseo estaba iluminada, y en el balcon del centro y bajo dosel se hallaba colocado el retrato de nuestra bondadosa soberana. Dos músicas militares estaban encargadas de distraer á los curiosos y á los que hubieran querido internarse en el salon del baile.—En el vestibulo estaba representada una magnífica sala de armas y la simétrica y bien ordenada distribucion de grupos producía un bello y pintoresco efecto.—No menos magestuosa era la decoracion del teatro. En todos los antepeños de los palcos y galerías veíanse entrelazadas banderas nacionales, estandartes, coronas de laurel, escudos de armas de algunas provincias, descollando en varias partes el de las armas reales. En la barandilla del anfiteatro del primer piso veíanse, figuradas, las banderas de los esforzados cuerpos que hoy se batían en Africa, y en carteles orlados de cívicas coronas, leíanse en letras de oro los nombres de sus recientes victorias.—En el fondo del palco escénico apercibíase una magnífica tienda de campaña, obra del señor Cagé.

Al llegar las autoridades, descubrióse, al son de la marcha real, el busto de S. M., que fué saludado con estrepitosos vivas.

La orquesta se portó, tocando algunas piezas de brillante y bélico efecto, mereciendo llamar la atencion la gran polka militar del maestro Obiols, en la cual se oye el disparo de armas de fuego.

La concurrencia numerosa, al par que escogidísima.

Creemos que de este baile conservarán muy buenos recuerdos los Barceloneses y nuestros heridos de Africa.

**Sociedad lírico-dramática.**—Tuvimos el gusto de asistir á la segunda representacion de *Il ritorno di Columella* y quedamos admirados de la precision y ajuste con que fué cantada. No nos referiremos á nadie en particular, pues todos en general fueron colmados de aplausos. Damos entretanto la enhorabuena al señor Barrau y otro dia seremos mas explicitos.

## EL CAFE.

Se suscribe en Barcelona en la Imprenta de la Publicidad, bajada de la Cárcel, n. 6; y en las librerías de Manero y Popular-económica, Rambla de santa Mónica; Ginesta, Jaime 1.º, José Mañá, fuente de S. Miguel, n.º 4, y en las principales librerías del Reino. Redaccion y Administracion, en la misma imprenta.

PRECIOS. En Barcelona. En provincias

Seis meses. . . 10 rs. . . 24 rs.

Tres meses. . . 10 rs. . . 15 rs.

Un mes. . . . . 4 rs.

Por lo no firmado, NILO MARÍA FAARA, Secretario.

DIRECTOR Y E. R. JOSÉ ANTONIO FERRER FERNANDEZ.

—Imp. de la Publicidad, de Antonio Flotats, bajada de la Cárcel, n. 6.